

extravagantes llevado del espíritu de adulación o de vanidad personal, importándole menos la veracidad, que sus ansias de notoriedad. Definida, así, la personalidad de este pseudo-historiador quiero abordar de nuevo las falsedades de su historia; en ella, Hernández de Oviedo afirma -como ya lo dije anteriormente- que los españoles restituidos con Colón a España en 1496 en su segundo viaje, llevaron de la isla de Santo Domingo el mal gálico juntamente con las muestras de oro de las famosas minas de Cibao, y que algunos de ellos, ya contagiados, pasaron a Italia con el Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba, y transmitieron el contagio por medio de las italianas, a los franceses que habían venido con el rey Carlos VIII a apoderarse del reino de Nápoles”.

«Toda esta relación de Oviedo es una verdadera sarta de falsedades y anacronismos, pues Colón volvió a España de su segundo viaje el día 3 de junio de 1496 y todos sabemos que el ejército de Carlos VIII fue infeccionado del mal gálico a finales del año de 1495, de modo que tal infección no pudo provenir de los españoles que entonces volvieron de América con Colón. Por otra parte, el ejército del Gran Capitán Hernández de Córdoba, por culpa de vientos contrarios, no pudo llegar a Nápoles hasta el 24 de mayo de 1495, es decir, cuatro días después de que las tropas de Carlos VIII habían salido de esa población. Esto lo atestiguan los historiadores Guicciardini, Bembo, el padre Mariana y otros más. Lo que significa que Oviedo es un escritor que falsea los hechos, y si consideramos que en sus aseveraciones Astruc fundamenta las suyas, nos resulta fácil sacar las obligadas conclusiones.

Por otra parte el doctor Gaspar Torella, médico del Papa Alejandro VI, entonces reinante, dijo en su obra titulada «Aphrodisiacum» que el mal gálico empezó en Alvernia, provincia de Francia, bastante distante de España en 1493. También Bautista Fregoso, jefe de Génova en su obra titulada «Dicta factaque memorabilia» afirma que el mal gálico comenzó a conocerse dos años antes de que el rey Carlos VIII viniese a Italia; éste fue en Septiembre de 1494, lo que quiere decir que el mal se conoció hacia 1492, o a más tardar a principios de 1493, esto es, algunos meses antes de que Colón viniese de su primer viaje de América.

En conclusión, después de haber hecho las más diligentes investigaciones estoy en posibilidades de afirmar que el mal gálico, mal francés o sífilis no vino de América a Europa, sino todo lo contrario, así como las viruelas, el sarampión, el tifus exantemático y otras enfermedades, ese horrible, doloroso y vergonzante mal fue llevado a América por los europeos. Para reafirmarlo quiero aducir a las ya expuestas, dos razones más: Primera: Ni Cristóbal Colón en su diario, ni Fernando Colón, su hijo, en los escritos de particularidades hicieron mención del mal gálico. Tampoco fray Pedro Mártir de Anglería, contemporáneo de Colón, escritor bien informado, como que fue protonotario del Consejo de Indias y abad de Jamaica, ni ningún historiador de las Indias hicieron referencia a esa enfermedad. Sólo Hernández de Oviedo fue el que atribuyó ese mal a América, pero él no fue al Nuevo Continente sino veinte años después de descubierto, cuando la isla de Haití ya estaba muy poblada de españoles. Segunda: Si la América hubiese sido la verdadera patria del mal gálico, y si los americanos hubieran sido los primeros en padecerlo, ese padecimiento sería más común en este Continente que en ninguna otra parte, y los

datos que he tenido a la vista indican que no es así. ¿Cuál es, pues, la verdadera patria del mal gálico si no tuvo origen ni en América, ni en Europa? Yo no lo sé, pero, en medio de esta incertidumbre, es permitido servirme de conjeturas; sospecho que ese contagio haya venido de Guinea o de otro país equinoccial del Africa. De esta misma opinión fue el doctísimo médico inglés Tomás Sydenham quien asegura que ese padecimiento es tan forastero en América, como en Europa, y que fue llevado allí por los moros que condujeron esclavos de la Guinea. Igualmente Bautista Fulgoso, o Fregoso, testigo ocular del principio del mal gálico en Europa, en su obra que ya antes he mencionado dice que el mal gálico fue traído de los países equinociales de Africa a la España lusitana, o sea, Portugal. Yo sospecho también que el primer país que se contagió en Europa fue Portugal en virtud de los constantes viajes de los marineros portugueses al Africa, más no me atreveré a afirmarlo sin hacer nuevas investigaciones. Lo importante es que ha quedado definitivamente demostrado que todas las enfermedades, incluyendo la sífilis, que diezmaron a nuestros indios y despoblaron inmensurablemente el Nuevo Mundo eran desconocidas en América, de ahí que sus pobladores no supieran, ni pudieran defenderse de sus mortales efectos. Por eso no son justos quienes dicen desde Europa «que les pagamos con sífilis las viruelas». Con esto concluyo mi intervención no sin antes pedir al dignísimo fraile Bartolomé de las Casas me disculpe del epíteto de “exagerado” que le impuse erróneamente en mi libro ya mencionado; el tiempo se ha encargado de poner a cada quién en su lugar y el nombre y la obra de Las Casas deslumbran, esplendentes, los modestísimos fulgores de quienes hemos querido seguir sus pasos luminosos. ¡Muchas Gracias!

MODERADOR

Se autoriza la intervención del señor Lorenzo de Zavala , para el mismo tema.

LORENZO DE ZAVALA

«No obstante que yo ya había leído la «Brevisima» de Las Casas; La Historia de la Revolución de la Nueva España del Padre Mier; la Historia Antigua de México del padre Clavijero; la Monarquía Indiana de Torquemada; la Historia General de la Nueva España del gran franciscano de santa memoria Bernardino de Sahagún; así como lo que escribieron otros historiadores y cronistas como: Toribio de Benavente «Motolinía», Andrés de Olmos, Bernal Díaz del Castillo, Antonio de Herrera, Antonio de Solís; el célebre mexicano Carlos de Sigüenza y Góngora y otros más, me resulta profundamente impresionante tomar conciencia de tan dolorosos hechos ocurridos con motivo del descubrimiento y la conquista de América, y que vistos ahora a la luz de los derechos humanos me parecen inconcebibles y monstruosamente inhumanos. Pero ya que tengo el privilegio de poder dialogar con el admirable dominico fray Bartolomé de las Casas que presencié esos nefandos acontecimientos llenos de crueldad, de codicia y de maldad, yo le ruego nos ilustre más sobre ellos respondiéndome a la siguiente interrogante: ¿Cuál fue la actitud de los indios en los años que siguieron a la Conquista de México, ante la brutalidad de los españoles?

MODERADOR

Consideramos muy interesante la respuesta que a dicha pregunta pueda dar fray Bartolomé.

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS

Una vez que los indios advirtieron que los españoles no eran ningunos «tecutlis», y que su llegada a las costas de Oriente no había sido de ninguna manera el cumplimiento de la profecía del regreso de Quetzalcóatl; que por el contrario eran crueles, codiciosos y malvados; que sin más razón que la avidez de poder y de rapiña habían asesinado injustamente a dos de sus emperadores: Moctezuma y Cuauhtémoc, siendo que ellos ya habían aceptado su derrota; que con exceso de crueldad, en un espeluznante festín de sangre aniquilaron a punta de espada a toda la nobleza azteca, incluidos sus sacerdotes y los sabios «tlatimime», que eran los detentadores de la cultura y del pensamiento náhuatl, en aquél nefasto día que, alegres e indefensos, celebraban el «toxcatl» en el patio del Templo Mayor - ¡Permítanme aquí una breve digresión!- Los cronistas nahoas años después relataban que el caballo de Pedro de Alvarado que tantos cuerpos destrozados pisó ese terrible día, había sido, paradójicamente, el instrumento de venganza de los dioses aztecas al caerle encima y apachurrar a tan cruel jinete; hasta aquí la digresión; pues bien, al ver los indios que los conquistadores robaban sus tierras, violaban sus mujeres, los martirizaban, los marcaban, destruían sus templos y sus dioses, y los victimaban de viles y brutales maneras les tomaron gran odio y se echaron de inmediato en brazos de los únicos que les daban protección y alivio: «los pobrecitos frailes», que como ya se ha dicho en esta misma reunión, servían de escudo entre la espada del opresor y los indefensos cuerpos de los oprimidos. Fue entonces cuando todos los religiosos tomamos conciencia de nuestra predestinación; es decir, comprendimos, en toda su magnitud, el camino que el Señor nos había trazado en el Nuevo Continente. Teníamos que enseñar el evangelio a aquellas pobres gentes, pero no como «apóstoles de cimitarra», ni como «lobos entre ovejas»; sino con la mansedumbre, la paz y la bondad de Cristo. Fue entonces que vimos, con más augusta claridad, el maravilloso sentido de la palabra de Dios; el mensaje era muy claro. Él nos estaba dando la grandiosa oportunidad de predicar su doctrina de amor y salvación, y además, ponerla en práctica en mundos nuevos y en circunstancias inéditas.

Infundidos, así, de un santo espíritu cristiano, nos dimos a la tarea de predicar, catequizar, bautizar, y construir iglesias; enseñamos el valor de la oración, y las distintas formas de acercarse a Dios; para lograr esto aprendimos el idioma náhuatl y algunos otros dialectos. Sin embargo, pronto nos dimos cuenta que la crueldad de los conquistadores y los encomenderos antagonizaban con nuestras prédicas, y dificultaban nuestra apostólica misión. Para colmo de los males cuando vinieron las epidemias, principalmente la viruela, que sembraron la muerte y el espanto entre la población indígena, algunos de nuestros religiosos, torpemente, propalaron entre los indios la versión de que esos males eran un castigo que Dios les mandaba por

su idolatría y por sus vicios. ¡Aquello fue terrible! ellos empezaron a dudar de la bondad del Dios que nosotros predicábamos, porque, finalmente, decían que Huitzilopochtli nunca había exigido tantos millones de vidas humanas para aplacar su ira, ni había mostrado tanta saña para castigar a su pueblo. Fue en ese momento en el que cayó en un serio desprestigio nuestra misionera labor; y los indios volvieron clandestinamente a sus antiguas prácticas de idolatría y reemprendieron sus viejos ritos paganos en cuevas y escondrijos donde colocaron nuevamente sus ancestrales divinidades. Entonces sucedió lo indecible, los representantes del clero secular, particularmente el primer obispo de México, fray Juan de Zumárraga, en vez de hacer una valoración de las circunstancias y tratar de encontrar soluciones más afines con la labor de los frailes de las órdenes mendicantes: franciscanos, dominicos y agustinos, tomó una actitud demasiado represiva que provocó resultados negativos.

En su informe al rey de España en 1531 le dice haber destruido veinte mil ídolos y demolido 500 templos, sobre cuyas ruinas se habían levantado iglesias católicas. Zumárraga creyó que quemando ídolos y derrumbando templos acabaría con la idolatría; pero se equivocó; poco tiempo después tuvo que quemar indios acusados de herejía. Ahora bien, como ya no existían sacerdotes aztecas, pues habían muerto, como antes dije, en la ceremonia del «toxcatl», quedó el campo libre para los brujos o nigromantes, tal fue el caso de un indio llamado Martín Ocelotl, que tenía cierta fama porque había advertido a Moctezuma, con mucha anticipación, de la llegada de los españoles. Ocelotl fue acusado de haber convocado a todos los caciques de la región cercana a Tepeaca para celebrar ritos propiciatorios al dios Camaxtli a fin de combatir la sequía que estaban padeciendo, y se le comprobó, además, que perturbaba mucho a los indios para que no adoptaran la fe católica. La Inquisición lo encontró culpable de idolatría, brujería y poligamia. Un caso parecido fue el de Andrés Mixcóatl a quien seguía un grupo de creyentes que lo tenían por curandero y mago, algo así como un mesías nativo, que en un afán de desprestigiar el cristianismo, acusaba a los misioneros de impotencia para hacer llover y los desafiaba afirmando que para eso era mejor Tlaloc que los dioses españoles.

Entre los indios que Zumárraga ejecutó había uno que era un gran tlatoani, de los viejos señores de Texcoco, llamado don Carlos Chichimecatecutli, descendiente de Nezahualcóytl y Nezahualpilli. Este ilustre cacique fue acusado de idolatría y de incitar a los indios a no adoptar la religión cristiana ya que los frailes eran licenciosos, dados al concubinato e inclinados a castigar a los indios por causas que a los españoles si les permitían. Zumárraga dictó la sentencia de muerte y el virrey Antonio de Mendoza la aprobó. Don Carlos, a la manera de un espectáculo público, fue quemado en el cadalso, ante un escándalo de protestas de los indios allí presentes. Esto le costó a Zumárraga que el Consejo de Indias le quitara la comisión inquisitorial, nombrando en su lugar a Tello Sandoval. También se dio el caso de un «tacatetl» de Tacoapan que fue acusado de enseñar el sacerdocio a muchachos indios, de esconder ídolos en una cueva, de afirmar que una de sus hijas era diosa y de poder convertirse en jaguar. En el juicio respectivo admitió haber sido bautizado como «dios de la lluvia», porque la sequía amenazaba a su pueblo. De la misma manera, un indio llamado Baltazar, cacique de Culhuacán, interrogado por el tribunal de la Inquisición en 1539, reveló que había ídolos enterrados en todos los pueblos de la

región, y que en los bosques y en las montañas ellos hacían sus ceremonias rituales llevando hasta allí sus dioses, agregando que en una inmensa cueva estaba enterrada la figura de Huitzilopochtli y también la de Quetzalcóatl.

Por supuesto que la ejecución de esos personajes avivaron más el odio hacia los españoles y hacia la religión que se les trataba de imponer, al grado que hubo varias rebeliones indígenas en distintas tribus que llegaron a causar zozobra a las autoridades virreinales. Como represalia, los conquistadores y los encomenderos, con autorización del virrey, endurecieron aún más sus ansias esclavistas y después de ahogar en sangre los intentos de rebelión, sometieron a los indios a la más inhumana servidumbre. Fue entonces cuando decidí embarcarme para España y convencer al rey Carlos V a fin de que expidiera una Ordenanza Real donde decretara que el objetivo principal de la colonización de América era la evangelización, y que ésta debería llevarse a cabo conforme a los cánones de la iglesia y a la doctrina cristiana. ¡Lo demás ya lo saben ustedes!

MODERADOR

Se concede la palabra a fray Servando Teresa de Mier.

FRAY SERVANDO TERESA DE MIER

¡Qué interesante es escuchar los orígenes de nuestra historia en voz de quien no sólo la escribió, sino que la vivió y participó en ella! . . . Lo que ha dicho fray Bartolomé revela algo que muchos historiadores han callado; pero confirma lo que otros, más veraces, han señalado; me refiero al hecho de que la implantación de la religión cristiana en México no fue cosa fácil. Al principio, los conquistadores y los frailes, al ver la docilidad, mansedumbre y disposición de los indios, consideraron que no habría ninguna dificultad en la evangelización; sobre todo, porque los sublimes preceptos de la doctrina de Cristo, abriría nuevos senderos en sus corazones. Por otra parte, los religiosos estimaron que la mentes de los indígenas era tierra virgen, y por lo tanto, muy fértil para recibir la semilla de la nueva religión, sobre todo, porque en esos momentos se estaba debatiendo en el Viejo Continente si los indios eran hombres o bestias; si tenían alma o era simples "micos o monas" ¡Qué barbaridad! ¡Cuán equivocados estaban los frailes de aquí y los filósofos de allá! Todos ellos ignoraban que aquí en esta tierra que ahora es México, desde unos 1,500 años antes de la era cristiana, en el inicio del período «preclásico», ya aparecían los primeros signos de lo que llegaría a ser -en el altiplano- la gran cultura náhuatl, y en el sureste, la portentosa cultura maya. En ese período, que comprende hasta doscientos años después de Cristo, surgen las primeras inscripciones en piedra, los más antiguos monumentos arquitectónicos y las inmensas cabezas colosales, más sorprendentes en cuanto que son monolíticas. Ese período preclásico está representado por la cultura olmeca, que conocemos ahora como la «cultura madre» y se estableció principalmente en la región costera del Golfo de México. Durante los siguientes 600 años, o sea, hasta el año 800 de nuestra era, conocido como el período «clásico», se caracterizó por el florecimiento sucesivo de dos

grandes culturas: la teotihuacana, primeramente y en época posterior: la tolteca. Las pirámides del sol y la luna de Teotihuacan y las ruinas de los centros ceremoniales de Tula, nos llenan de pasmo y orgullo, porque son reveladores de una esplendorosa civilización. El período posclásico, que comprende del año 800 hasta la llegada de los españoles, se inicia con el brote cultural de Cholula como expresión del mestizaje tolteca-chichimeca, que se extiende a otros centros como Texcoco, Culhuacán y Azcapotzalco, dando lugar al esplendor azteca, reflejado en el florecimiento de la gran Tenochtitlan, y que tiene su ocaso definitivo el día en que se consumó la conquista: 13 de agosto de 1521; día de San Hipólito para los españoles. "Uno Serpiente" -Ce cóatl- para los aztecas.

Los frailes de aquí y los filósofos de allá ignoraban que durante esos tres mil años antes de su llegada a este continente, los grupos olmecas, nahoas y mayas, poseedores -¿quién lo duda?- de un espíritu de gran sensibilidad, apasionados de lo bello y lo inefable, hurgadores tenaces de lo insondable y pacientes contempladores del rítmico movimiento de los astros, lograron desarrollar una cultura eminentemente sabeísta, es decir, basada en el culto al sol y a la luna como centro esencial de su cosmovisión y como punto de partida de lo que con el tiempo sería su admirable ciencia calendárica y astronómica. Si los frailes de aquí y los filósofos del Viejo Continente se hubieran adentrado, con entereza y buena disposición, al estudio de la cultura existente en estas tierras, habrían encontrado que quienes fueron capaces de erigir las grandes ciudades que maravillaron a los conquistadores desde que las vieron por primera vez; crear el más acabado calendario astronómico; usar el cero como fundamento matemático y construir monumentales pirámides, adoratorios y centros ceremoniales, que son alardes de precisión geométrica, fueron capaces, también, de desarrollar altas concepciones mítico-religiosas, matizadas no sólo en el arrobamiento de la fantasía, sino en la profundidad meditativa de abstracciones espirituales, concebidas ante el enigma que siempre ha representado en todos los grupos humanos el misterio de la vida y de la muerte, así como el origen de las fuerzas ordenadoras de todo lo que existe.

El padre Sahagún, Gante, Vasco de Quiroga, Olmos y otros religiosos pronto se dieron cuenta que los indios tenían una cultura muy antigua, que había venido floreciendo espontánea y libremente, sin influencias exteriores, ya que el resto del mundo ignoraba su existencia; eso la hacía más propia y arraigada. En consecuencia aquella cultura había generado, una religión ancestral que durante muchos siglos fue su relación espiritual con sus dioses, y que, aunque la podamos calificar de falsa o hereje, era el desideratum de sus tradiciones y de sus creencias. Ante este panorama, que fueron descubriendo gradualmente, los misioneros sintieron la necesidad imprescindible de aprender los idiomas de los indios para comunicarse con ellos e interpretar su cultura; y comprendieron cabalmente que: ¡La evangelización en México no se iba a reducir a sembrar simplemente la palabra de Cristo en mentes incultas! ¡Tenían que confrontar sus principios y dogmas con los rudimentos fundamentales de las teogonías indígenas! Una prueba de lo que estoy diciendo es lo que le pasó a Cortés en Tlaxcala, según lo narró el padre franciscano Andrés de Olmos algún tiempo después de haber sucedido. El percance fue así: Cortés en medio de su fanatismo, y no obstante haber sido recibido amigablemente

en Zempoala derribó sus dioses con lujo de saña en medio del estupor y lágrimas de los indios que veían, con gran dolor, demoler las sagradas imágenes que eternamente habían adorado. Cuando don Hernando trató de repetir esa misma acción en Tlaxcala, fue contenido en su intento por los razonamientos que le expuso a nombre del senado tlaxcalteca, su amigo Mexiscatizin. Me voy a permitir dar lectura textual de dichas expresiones, porque siendo tan certeras y fundadas, no quiero que se me escape ninguna; el discurso fue el siguiente: «Tu quieres destruir nuestras creencias porque decís que adoramos piedras y palos; nosotros sabemos que lo son en cuanto figuras; pero no adoramos en ellas sino los seres inmortales que representan del cielo, a los cuales siempre hemos creído deudores de la prosperidad de este pueblo: Convencernos de que son malos, contra el testimonio de la experiencia de los siglos, no es obra de un día. Dadle tiempo al pueblo tlaxcalteca para conocer e ilustrarse de vuestra religión, y si una vez informándose sobre ella, llegan a comprender que la nuestra no es buena, el pueblo mismo destruirá sus imágenes. Mientras hagáis esto nada impedirá nuestra unión, en las armas, contra los aztecas, pero si adoptáis una providencia intempestiva, esa unidad peligraría». ¿Qué les parece? ¿Verdad que este discurso no es de bárbaros? ¡Por supuesto que Cortés no se atrevió a destruir sus ídolos!

También Juan de Torquemada, igualmente franciscano, en su «Monarquía Indiana» menciona el siguiente pasaje que reafirma lo que yo tengo aseverado, y se refiere al comentario que le hizo a él un sacerdote nahoa cuando vio las imágenes de los santos y vírgenes traídas de España; el diálogo fue el siguiente: «Ídolos por ídolos tenemos experiencia que nuestros dioses son buenos; nada sabemos de los de vosotros».

Fray Vasco de Quiroga, el gran «Tata Vasco» como le llamaron siempre los indígenas de Michoacán, al advertir, también, que los tarascos en sus creencias habían desarrollado una concepción religiosa de gran profundidad espiritual, no se atrevió ni siquiera a intentar la implantación abrupta de una religión por otra; por el contrario, atraído poderosamente por la simplicidad de aquella gente «tan mansa, tan nueva, tan rasa y tan de cera blanda para hacer de ella todo cuanto quisiera hacerse» pidió permiso al rey de España para llevar a cabo su apostolado conforme a los principios originales de la iglesia en la edad de oro del cristianismo, ya que la forma de ser de los indígenas se apegaba mucho a la vida comunal con la que se inició la doctrina de Jesús y en la que se había inspirado Tomás Moro para escribir su famosa obra llamada «Utopía». Quiroga fundó aldeas hospitales cerca de Pátzcuaro y dio a la vida de los indios una organización tal, que pronto fueron los pueblos indígenas más prósperos de la Nueva España; con todo eso Tata Vasco conquistó su confianza y los condujo, sin dificultad, a abrazar la religión de Cristo.

Fuera de este caso, en los demás lugares no fue fácil la cristianización. Es más, creo que en muchas partes nunca se logró cabalmente; pero este asunto se lo dejo a quien lo haya vivido o investigado a fondo. ¡Gracias!

MODERADOR

Lorenzo de Zavala esta haciendo indicaciones de que desea intervenir. ¡Puede hacerlo!

LORENZO DE ZAVALA

Es cierto; la cristianización en México no fue nada fácil. Los indios percibieron muy pronto las grandes contradicciones en que incurrieron los que la predicaban; sobre todo los clérigos; salvo raras excepciones éstos parecían estar más al lado de los encomenderos, que de los oprimidos. En varias provincias los curas tenían el dominio total, y ejercían tal autoridad sobre los indios, que mandaban azotarlos públicamente cuando no pagaban las obviaciones a su tiempo, o cometían algún acto de desobediencia. Yo he visto azotar frecuentemente a muchos indios y a sus mujeres en las puertas de los templos, por haber faltado a la misa algún domingo o fiesta ¡Y este escándalo estaba autorizado por la costumbre en mi provincia! Los azotados tenían después la obligación de besar la mano de su verdugo. Por otra parte, tal vez el ambiente de maldad, de crueldad y de codicia que prevalecía en la Colonia, alcanzó a contaminar hasta los representantes del clero secular, sobre todo en su moral; como ejemplo puedo señalar el caso muy sonado del cura de Ocuyluco, llamado Diego Díaz, que fue juzgado por haber tenido comercio carnal con una veintena de indias, la mitad de las cuales, aproximadamente eran casadas, y una de ellas era nada menos que la mujer del cacique indio del lugar. Además, se le demostró que había asesinado al hijo de un indígena «principal», al cual había enterrado debajo de la escalera de su presbiterio; también había torturado a muchos indios, a pesar de las advertencias de un franciscano llamado fray Jorge. Ese sacerdote, nacido en Calahorra, ordenado en Logroño, apadrinado en México por fray Julián Garcés en persona, terminó condenado a prisión perpetua. Más, para que no se piense que la corrupción sacerdotal se reducía solamente a los dos casos que acabo de señalar, quiero informarles que habiendo hecho una investigación de los juicios que conoció el tribunal de la Inquisición en su primer período, o sea, desde 1573 a 1600, según consta en el Libro Primero de Votos de la Inquisición en México, observamos que la mayoría de los casos sancionados por los inquisidores se repartían así; gente del pueblo (bigamia, concubinato y blasfemos). Sacerdotes: (confesores acusados de haber seducido a penitentes). ¿Cómo iban a creer los indios fácilmente en una nueva religión cuyos representantes y los que decían practicarla, desde que llegaron por las costas de Oriente, sólo les habían traído dolor, sangre, muerte, epidemias, vejaciones, esclavitud y desesperanza? No podemos negar que al principio los conquistó la ternura, el amor y la extrema bondad de los primeros frailes; como aquí se ha dicho, les impresionó su pobreza y humildad; pero más aumentó su admiración cuando veían que el orgulloso conquistador Hernán Cortés se hincaba frente a ellos y les besaba las manos. Ellos sabían que los religiosos estaban haciendo grandes esfuerzos por defenderlos; que muchos estaban intercediendo ante el rey de España; pero

increíblemente perceptivos, pronto se dieron cuenta que sobre las buenas intenciones había triunfado la codicia y la maldad, y empezaron a sentir más pesadas sus cadenas; más, había algo que los españoles no podían esclavizar: ¡Sus creencias! Fue entonces que volvieron a sus ancestrales cultos, fingiendo ante sus opresores la aceptación de su religión, pero subrepticamente practicaban sus ceremonias de adoración a sus antiguos dioses. Las amenazas de muerte por herejía o idolatría no los espantaba, al contrario, eran ofrendas sublimes a sus divinidades, como en los viejos ritos.

Alarmados los obispos y los demás representantes de la cristiandad, y considerando que era muy difícil recuperar en la mente de los indios el terreno perdido, optaron por incorporar algunos ritos o festividades indígenas a las prácticas ceremoniales cristianas, dando lugar a un sorprendente sincretismo religioso, que en el sentir de éstos, no contrastaba con sus antiguas tradiciones; por el contrario, encontraban importantes afinidades. Ahora bien, las consecuencias de esta fusión religiosa me gustaría nos las explicase el doctor José María Luis Mora quien ha hecho estudios relevantes al respecto, sin perjuicio de que también nos ilustren con sus luces fray Bartolomé de las Casas y el padre Clavijero a quienes yo considero representativos de los primeros indigenistas de México. ¡Gracias!

MODERADOR

Se ha hecho alusión a usted doctor José María Luis Mora. ¿Desea intervenir?

JOSÉ MARÍA LUIS MORA

Con todo gusto trataré de atender el requerimiento de Lorenzo de Zavala, no con la pretensión de agotar tan interesante tema, sino con el fin de hacer algunos planteamientos más bien introductorios, que conclusivos. En efecto, los indios comenzaron a desconfiar de la nueva religión al observar el inmoral comportamiento de los españoles y la ausencia de beneficios por haberla adoptado; por el contrario, los que debían ser guías de sus almas -los curas- se habían convertido también en sus apremiantes exactores en el cobro indiscriminado y a veces violento, de las obvenciones parroquiales. Con tantos motivos, el indio empezó a alejarse de la iglesia; el alejamiento era, ante todo, espiritual; la evangelización había sido incompleta y apresurada; presidida a menudo por la fuerza, que no engendra convencimiento. Los misioneros se alucinaron creyendo católicos a los indios porque observaban las prácticas externas del catolicismo, siendo que la mayoría no tenían de católicos más que ciertas formas simuladas; millares de indios fueron bautizados sin explicarles su significado y sólo se identificaban con las ritualidades o festividades cristianas en cuanto establecían coincidencias con su antigua idolatría. En concreto, en su primer etapa la religión cristiana no logró ser asimilada plenamente. Permaneció por algún tiempo en un estado grotesco, mezcla burda de catolicismo y paganismo. Por ello, en lugar de lograr un adelanto espiritual en los indígenas, sólo causó un retroceso, pues eliminó todo lo que de grande y moralizador tenía la religión autóctona dejando sólo burdos ritos y supersticiones, no recibiendo nada

en cambio, pues ellos no pudieron o no supieron, o tal vez, no quisieron asimilar los nuevos valores religiosos que el español les aportaba. Conscientes de todo esto los misioneros optaron por transigir parcialmente con la religión primitiva con tal de facilitar la conversión. Se originó así una yuxtaposición de elementos religiosos que aparentemente satisfacían a ambos cultos; pero esto era más aparente, que realidad. La conversión fue real sólo desde el punto de vista político y administrativo, es decir, en su aspecto externo, pero muy relativa en el fuero interno. La mentalidad religiosa de las multitudes, su concepción de la divinidad y de la relación de los dioses, con la naturaleza, y con el hombre, y los deberes de éste para con aquéllos, siguió siendo conforme a sus antiguas creencias. Además, como los indios no entendían el significado abstracto del ritual cristiano que generalmente se decía en latín, lo identificaron con las festividades mismas; de ahí, que hasta la fecha subsistan ritos festivos que parecen paganos porque quienes los practican desconocen su sentido religioso.

Fray Juan de Zumárraga, Obispo de México, había observado que los indios asimilaban fácilmente los principios cristianos que guardaban cercanas afinidades con su antigua religión, por ejemplo: ellos aceptaban de buen grado bautizar a un niño si se les permitía agregar al nombre cristiano el nombre azteca que le correspondiera según el calendario de ellos y conforme a la fecha de su nacimiento, o sea: Juan Coátl; Petra Cozqui; Pedro Acatl, etc. En razón de eso, empezó a buscar una solución definitiva que resolviera de una vez por todas, aquellos antagonismos religiosos y que pudiera llevarse a cabo con mejores auspicios la evangelización de México.

Entonces sucedió algo determinante y muy conveniente para los fines del Obispo. A principios de diciembre de 1531, en la colina del Tepeyac, cerca de la ciudad de México, en un sitio previamente dedicado al culto de una diosa azteca llamada Tonantzin, que significa «nuestra madre», se propaló la aparición de la Virgen de Guadalupe portando hermosas rosas en invierno y escogiendo a un humilde pastorcito indígena llamado Juan Diego como objeto de su amor y reconocimiento. La Virgen -según se dijo- solicitó que se le edificara un templo en aquel lugar, a donde los de su raza deberían ir a hacer sus actos de devoción y buscar ayuda y protección. Como la Virgen era de piel morena y su rostro tenía evidentes rasgos indígenas, los indios de inmediato la identificaron con su amada diosa Tonantzin y entonces surgió allí el más grande y trascendental sincretismo religioso, que durante toda la historia de México ha sido impulso, sostén y patrocinio de la devoción del pueblo mexicano: El guadalupanismo. Exterminados sus sacerdotes, destruidos sus ídolos y cortados sus lazos con el pasado, los indios se refugiaron en las faldas amorosas de Tonantzin-Guadalupe.

A partir de entonces la tarea evangelizadora se canalizó por esa imagen sagrada, que a su vez, al ser identificada como la misma Virgen María, madre de Cristo redentor, abrió definitivamente todas las puertas espirituales de los indios. Con esta experiencia los misioneros aprendieron a hacer otros sincretismos cuando advertían algunas discrepancias religiosas, aprovechándose, para ello de no pocas afinidades que en el camino fueron encontrando entre el cristianismo y las antiguas